La obra *Juan el campo* fue seleccionada por el proyecto de Dramaturgos de Provincia dirigido por la Dra. Julia Lavatelli, financiado por el programa de Apoyo a la Gestión Pública - UNCPBA.

Juan. El Campo

> de MARÍA LUZ GARCÍA

Síntesis de la obra

La ciudad y el campo son las antípodas de nuestra Argentina. Dos dimensiones "paralelas", dos mundos opuestos que no se cruzan, o que se cruzan en la disputa de un poder económico o político. La gran ciudad de Buenos Aires pareciera el sueño inalcanzable de aquellos que por falta de recursos u oportunidades la ven de lejos, como una metrópoli en la que el "sueño Argentino" puede cumplirse; o por el contrario, como el infierno en donde prima la falta de comunicación, la inseguridad, el peligro. Cualquiera de éstas razones, o ambas en una suerte de combinación paradójica, la vuelven atractiva, lejana, brillante, llena de promesas y de gente que tiene una manera de ver la vida completamente extraña a la tranquilidad que supone el campo. Para Buenos Aires, la pampa aparenta tranquilidad, silencio, una suerte de oasis imaginario donde soñar una vida apacible. Es también la imaginaria vía de escape de la enajenación que se respira en toda gran ciudad. Y se vuelve amenaza desconocida, secreto silencioso de atardeceres solitarios, sangre de faenas y hombres brutos y salvajes.

¿Qué pasa cuando dos jovencitos de la ciudad se topan casualmente con un padre y un hijo que viven allá "donde termina el sol"? ¿Qué deviene de ese encuentro?

La obra "Juan. El Campo", habla del cruce de dos culturas dentro de la Argentina, del resultado de esas relaciones que, obligadamente, deben construir en una semana donde la lluvia impide la salida de ese campo lejano y donde una guerra no tan lejana ha dejado huella en la familia campesina.

Escrita bajo la supervisión de Mauricio Kartun, en 2009, la pieza Obtiene mención del Premio Rozenmacher a la Nueva Dramaturgia, dentro del marco del FIBA (Festival Internacional de Buenos Aires), en el año 2011.

Personajes
Juan. 19 años aproximadamente
Padre. Cuarenta y pico
Melisa. 23 años aproximadamente
Luciano. 26 años aproximadamente

Uno

Tardecita. Llueve bastante fuerte. El viento hace silbar los eucaliptos y los álamos. Una cocina y en ella, una cocina a leña. Arde el fuego. Una olla enorme, totalmente tiznada encima. Cocinan algo. Una pava. Un palo para mover la leña, un gancho para abrir la puerta de la cocina, de fierro. Una mesa de madera, tres sillas. Dos perros mojados duermen bajo la cocina a leña, entre la madera y las cenizas. Juan intenta sintonizar la radio. Sólo se escucha interferencia. Su padre está tomando mate mirando hacia abajo.

Padre. ¡Soltá de una vez ese chirimbolo de mierda!

Juan le baja el volumen a la radio, sigue buscando.

Padre. ¡Si no agarra cuando hay sol va a agarrar ahora!

Juan lo mira. Sigue con la radio. El padre se pone de pie.

Padre. ¡Má dame para acá!

Le saca la radio, cambia a AM. Le sube el volumen. Lo que se escucha podrían ser voces de algún programa pero saturadas por la interferencia. Cae un rayo, la interferencia aumenta. Sopla el viento, la interferencia aumenta. Las voces apenas se distinguen. El padre deja la radio prendida sobre la mesa, vuelve a su silla.

Juan. ¿Me das mate?

El padre le da el mate. Juan lo toma, se lo devuelve rápidamente.

Se agacha a acariciar a los perros.

Juan. Duerma Diana. Duerma Cucho.
Padre. ¡Ese! Ese atorrante salió corriendo atrás de una liebre hoy... por ahí, veo que sale rajando para allá, pero una flecha era.... y por ahí veo..., ¡una liebre! Chiquita allá lejos. Barcina la liebre era. Y el pelado éste rajando atrás, ¡pero a una velocidad! Como flecha, el loco. ¡Eh, loco! ¡Loco de mierda! (le hace una patada/caricia al perro. El perro se despierta, lo mira y sigue durmiendo). ¡Atorrante!
Juan. ¿La cazó?
Padre. ¡Qué va a cazar! Con lo rápido que son esos bichos. Se le perdió en medio de los pastos del monte.

Juan sonríe al perro. Camina hacia la ventana. Observa el campo, la lluvia, los árboles flameando. Silba. El padre lo mira, se da vuelta. Se queda con el mate. De repente Diana se despierta en posición de alerta. Va hacia la puerta. Ladra.

Juan. ¿Qué pasa Diana?

La perra ladra. El Cucho se ha despertado pero no se levantó. Tiene igual expresión atenta. Ladra desde su lugar.

Juan. (a los perros) ¿Hay alguien? ¿Quién hay?

Los perros ladran.

Padre. ¡Cállese la boca!
J**uan.** Parece que hay alguien... ¿no Diana? (silencio. Juan se esfuerza en observar) Hay alguien en la tranquera, son dos.

Juan sale decidido hacia fuera, con los dos perros. Cucho se levantó como un resorte en cuanto Juan tocó la manija de la puerta.
El padre se queda solo, tomando mate. Se encamina a la ventana, mira. Se acerca nuevamente a la cocina y le tira un tronco. Se sienta. Se escucha la lluvia golpeando sobre el techo de la casa.

Dos

Juan y el Padre observan a Melisa y Luciano que se secan al calor de la cocina a leña. La tormenta se desató. Ella tiene puesta una pollera, remera, zapatilla. Él está cubierto de barro, tiritando. Un bolsito cuelga de una de las sillas y una mochilla manchada al pie de la mesa. Melisa le suelta una carcajada.

Luciano. ¡Estúpida! ¿De qué te reís? (él se ríe)

Todos se ríen.

Padre. ¡Parece que te cagaste de un buen golpe!

Todos lo miran. Dejan de reírse.

Padre. ¿Vas a estar ahí todo el día? Andá a traer unas toallas. Fijate que debe haber quedado alguna de mamá en la canasta.

Juan sale.

Padre. ¡Lindo día se eligieron para pasear! (a Melisa) ¿Querés un mate?

la AUTORA

Nacida en la ciudad de Tandil, Pcia de Bs. As, finalizó su Profesorado de Teatro en la Universidad Nacional del Centro de la Pcia de Bs. As (UNCPBA). En dicha ciudad participó en más de veinte obras teatrales desempeñándose como actriz, directora y técnico. En el 2004 se traslada a Capital Federal donde cursa la Carrera de Dramaturgia en la Escuela de Arte Municipal (EAD). Participa en varias obras teatrales, donde se destaca "El Montañés", dirigida por Guillermo Arengo, que forma parte del Festival Internacional de Buenos Aires. Interviene en varias obras teatrales como asistente artístico, entre ellas, "La Madonnita" y "El Niño Argentino" ambas escritas y dirigidas por Mauricio Kartún; "La Tumba de Niño Moral", escrita y dirigida por Lautaro Vilo, "Variedades Antinavideñas" dirigida por Osqui Guzmán y "Olympica"del grupo Krapp. Con dicho grupo viaja por diversas ciudades de la Argentina y el exterior, destacándose la participación en Colgate University, Hamilton, New York. Escribe artículos en diversas revistas. También realiza fotografías para revistas, músicos, actores y diversas producciones teatrales. Realiza la muestra fotográfica "Febrero" en la ciudad de Tandil y Buenos Aires, junto a Ernesto Santiago Rojas en el año 2011. Se desempeña como guionista en el documental 200 HECHOS, para el canal Nathional Geografic, a través de la productora Rosstoc de Buenos Aires. Actúa en el ciclo "Fiesta en la Casa de tu Abuela" y "Sucede", en la Capital Federal

Recibe una mención en el Premio Rozenmacher de Nuevas Dramaturgias, en el marco del FIBA (Festival Internacional de Buenos Aires), por su obra "Juan. El Campo" y recientemente ha sido publicado su cuento "El último Cigarrillo", dentro del marco del concurso de Autores Tandilenses, organizado por la Municipalidad de Tandil. En cuánto a su actividad como docente ha coordinado diversos grupos de todas las edades en la rama de la actuación desde el año 1997, en la ciudad de Tandil y en Capital Federal. Durante siete años coordina el grupo de teatro de la Fundación Manantiales, de recuperación de adicciones. Se desempeña como actriz en el marco del ciclo "Sucede", en Capital Federal. Actualmente cursa la Maestría en Teatro, Mención a la Puesta en Escena en la Facultad de Arte de Tandil , se desempeña como Ayudante de Cátedra en la materia de Dramaturgia de la Licenciatura de Teatro, en la Facultad de Arte de la Universidad Nacional del Centro de la Pcia de Bs. As, junto a Mauricio Kartun y dicta talleres de dramaturgia de forma particular.

Melisa. Bueno.
Padre. (gritándole a Juan) ¡Y traeles algo seco! Unas camisetas. (a los chicos) ¿Andan paseando?
Luciano. Sí.

Juan entra con toallas y un manojo de ropa.

Melisa. Gracias.
Juan. Ustedes son de Buenos Aires, ¿no?
Luciano. Sí, sí. Vinimos a pasar el fin de semana. Muy lindo el pueblito.

Melisa toma el mate. Silencio absoluto.

Melisa. Un amigo de papá siempre hablaba del lugar y nos dieron ganas de conocer. Es como Escocia con la lluvia. ¿No?

Juan y el Padre se miran.

Padre. Juan, sacá esos perros afuera ¡Al alero!
Juan. Está mojado...
Padre. ¡Afuera dije! Vamos, afuera.

Juan saca a los perros hablándoles en voz baja.

Melisa. Esa perrita me encanta. ¿Cómo se llama?
Juan. Diana.
Luciano. Que mala suerte que llueve. Siempre me pasa lo mismo. Cuando fui a Machu Pichu llovieron las tres semanas que duró el viaje. Eso me pasa por viajar en verano, ¿viste? Es la época de las lluvias. Debería haber ido en otoño. Igual ya no creo que vuelva, me voy a ir para Barcelona o Lisboa. Dicen que Lisboa es divino. ¿No?
(Breve silencio, el padre lo mira fijo)
Padre. Ahora se quedan y mañana se ve.
Melisa. ¿Cómo? ¿Por?
Padre. A no ser que tengan ganas de caminar quince kilómetros abajo de los rayos.
Luciano. Detesto los rayos. ¿No se puede llamar a un remís?
Juan. No tenemos teléfono. Igual los remises hasta acá no vienen si llueve porque se encajan. ¿Ustedes no tienen celular?
Melisa. Yo viajé sin celular. Sino no dejo de mandar mensajitos, no puedo conectar con otra cosa. Así que cero celular. Y éste se olvidó el suyo.
Luciano. No me lo olvidé, ya te dije.
Melisa. Me lo olvidé yo.
Luciano. Eso. (a Melisa, por lo bajo) ¿Nos tenemos que quedar acá?
Melisa. Qué sé yo. ¡No!
Padre. (riéndose) ¡Remís! Sos fino pibe. Andá a llamarlos ahora, la pelota que te van a dar.
Luciano. ¿Y cuánto tardará en parar la tormenta?
Juan. Depende.
Padre. Como pinta el cielo va para largo. Salvo que cambie el viento.
Luciano. ¿Mañana?
Juan. Mañana… y pasado también. Se pueden quedar acá. Hay lugar. ¿No papá?
Padre. ¿Y si me preguntás delante de ellos que te voy a decir? Bué, ¿se comen algo con nosotros?
Melisa. Gracias. Qué amable.
Padre. ¿Les gusta el estofado de gallina?
Melisa. Nunca probé. ¿Es rico?
Padre. Te llegó el turno. Esta tenía una carne blanquita. ¡Hermosa! La limpió Juan a la mañana. ¿Y a vos te gusta la gallina?
Luciano. (con cara de asco). Yo no como carne. Tengo unas frutas en la mochila.

Va hasta la mochila y saca un paquetito un poco húmedo lleno de frutas secas.
Luciano. Castañas de cajú, pasas, almendras, ¿querés?

Melisa agarra un puñado. Juan niega con la cabeza

Juan. Tiene papas el guiso, puerro, albahaca y zapallos. Y hay verduras de la quinta. Podés sacarle la carne.
Luciano. No te preocupes, lindo. ¿Tenés quinta?

El padre lo mira serio primero y luego larga una risotada.

Padre. ¡No come carne, che! ¡No te digo que sos fino vos!

Luciano se sonríe. Melisa se divierte.

Tres

Melisa vestida con ropa de Juan. La ropa le queda grande, una remera a rayas de la que se escapa su hombro se deja ver la tira del corpiño. Toma mate. Luciano también está vestido con ropa de Juan y escucha música de un mp3. La ropa está secándose colgada sobre la cocina. Juan ceba mate. Luciano canta. Sigue lloviendo.

Juan. ¿Qué escucha?

Melisa le saca un auricular a Luciano y le pasa a Juan el auricular. Juan escucha.

Juan. ¿Qué es eso?

Luciano le pasa el otro auricular. Juan no sabe cómo colocárselos. Luciano le pone los auriculares. Juan escucha.

Juan. ¿Y qué es? ¿Es una mujer?
Melisa. No. Es un chico. ¿Te gusta?
Juan. No sé. Parece una mujer.
Melisa. Que raro.
Luciano. ¿En serio? Que raro.

Juan se encoge de hombros. Lo miran a Juan que de a poco se va entusiasmando con la canción. Le sube el volumen. Luciano saca de la mochila dos parlantitos.

Luciano. Juan. ¡Juan! (Juan se saca un auricular)
Juan. ¿Qué?
Luciano. Dame, que conecto los parlantes.

Juan le da los auriculares. Luciano conecta el mp3 a los parlantes. Juan esta encantado con el mp3.

Melisa. Así bailamos. ¿Querés bailar?
Juan. No sé yo bailar.
Luciano. No hace falta que sepas.

Juan. Parece una mujer.

Luciano baila y canta.

Luciano. Te van a gustar, vas a ver.
Melisa. ¿No escuchás música vos?
Juan. No tengo dónde.
Melisa. ¿La radio tampoco?
Juan. No llega FM. Una sola, pero no agarra bien. Tengo esto. Esperá. (sale)
Luciano. Llego a vivir un mes acá y me muero del chicle.
Melisa. Pobre pibe.

Entra Juan corriendo, con un casette.

Juan. Tengo este casette. Pero no lo puedo escuchar.
Melisa. ¿Qué es?
Juan. Música vieja que escuchaba mi mamá. Lo escuché una sola vez desde que no está ella. Es de unos norteamericanos que le gustaban. Tenía una foto de ellos. Eran dos hombres y dos chicas. Una era gorda. Re gorda.

Se ríen. Silencio.

Luciano. ¿Y vas a Buenos Aires?
Juan. No. Fui una sola vez yo. Era chiquito, con mi mamá. Operaban al abuelo. Me acuerdo de una avenida con muchos árboles… Colón o *algo* y Colón. ¿Cómo es?
Luciano. Paseo Colón. Tenés que venir, no puede ser que no conozcas.
Juan. En ese viaje mi mamá me compró un avión para armar. De la segunda guerra mundial.
Melisa. ¡Te quedas en nuestra casa!
Juan. ¿Cuándo? ¿A dormir?
Melisa. Es muy grande. Podés hacer todo lo que quieras allá. ¿Qué te gustaría hacer?
Juan. Escuchar mi casette. La otra que canta es linda.
Luciano. ¡Qué divino!

Luciano se pone a bailar con Melisa. Cantan. Melisa agarra a Juan de la mano, quien se rehúsa al principio, pero luego se pone a bailar tímidamente. Bailan. Se van entusiasmando. Se arma poco a poco un griterío. Entra el padre. Juan se detiene asustado. Intenta apagar el mp3, se le cae al piso, con parlantes y todo. Se corta la música.

Juan. ¡Perdón! ¡Lo rompí!
Luciano. (juntando las cosas). No pasa nada, nene, tranquilo.
Juan. Perdoname.
Padre. ¡Juan! ¡Pedazo de pelotudo! Tené cuidado.
Juan. Perdón. Soy un bruto.
Padre. Si serás bestia. Andá a saber cuánto sale un aparato de esos.
Melisa. No pasó nada, en serio. (a Juan) No te preocupes, lindo. En serio, se desconectó nada más. Ya lo enganché de nuevo, ¿ves? (al padre). ¿Pudiste arreglar la camioneta?
Padre. ¡No hay que ser tan bestia! (a Melisa) No hay caso, che. El burro. Le cargué la batería, pero es el burro.
Luciano. (riendo) ¿El burro? ¿Qué es eso?
Padre. El burro de arranque. ¿No sabés lo qué es el burro de arranque?
Luciano. Yo de autos nada.
Padre. Se nota.
Melisa. Que linda lluvia. ¿No?
Luciano. Cuando no hay rayos.
Padre. ¡Lindo aparato este! ¿Para escuchar música es? ¿Agarra la radio? (lo agarra, lo examina, le toca todos los botones, de golpe salta la música a todo lo que da. El padre se asusta) ¡La puta madre! (deja el mp3 en la mesa)
Juan. Me gusta.

Melisa le sonríe.

Luciano. ¿No es divino?
Juan. ¿Ustedes viven juntos?
Melisa. Sí. Cuando vayas allá te venís con nosotros, vas a ver.
Padre. ¿Adónde vas a ir vos?

Cuatro

Madrugada. La tormenta es muy grande. El padre está tomando ginebra al lado del fuego. Escucha la radio, un programa local de folclore. Los perros duermen bajo la cocina. Están húmedos y embarrados. El padre mira el fuego, mientras acomoda los troncos. Entra Luciano.

Luciano. ¡Ay! Perdón…
Padre. Pasá, pasá… ¿No podés dormir?
Luciano. No. Fui al baño. Es que me asusté con un rayo. Y no pude volver a relajarme.
Padre. ¿Querés un trago?
Luciano. No gracias. O bueno, sí, dale.

Se sienta en el borde de la mesa, un poco alejado del padre.

Luciano. ¿Qué hora es?

Suena un chamamé. El padre apaga la radio.

Padre. Las cuatro. (silencio) Parece que mañana va a seguir lloviendo. 67 milímetros dijeron en la radio
Luciano. Que mal. ¿Eso es mucho no? En cuanto deje de llover nos vamos, no queremos molestarlos.
Padre. ¡Pero no! Dejate de joder. (silencio) Lástima la camioneta. Deben querer irse al pueblo. Lógico, ¿qué van a hacer acá? Mañana la arreglo, si Dios quiere.
Luciano. Ay, ojalá.
Padre. Pero no vayan a creer que incomodan. Una suerte que venga alguien alguna vez.

Silencio. El padre toma un trago. Luciano también. Tose.

Padre. ¡Guarda! (se ríe)
Luciano. Qué fuerte que es.
Padre. Parecés un conejo apestado.
Luciano. Te estás riendo de mí.

Toma otro trago. Tose de nuevo. Se ríen los dos.

Padre. Antes me reía más. Antes nos divertíamos tanto.
Luciano. ¿Y ahora?
Padre. Ahora. Ahora no hay nada. Con Rosario nos divertíamos. Venían las hermanas, los primos, festejaban todos los cumplea-

ños acá. Pero ahora… nadie. Ni por él. (silencio) Juancito está contento con ustedes, con tu amiga. Linda es. Se le nota cuando está contento, le brillan los ojos. Como a las liebres.

Silencio. Toman.

Padre. Mi señora… falleció hace unos años. Pobrecita. Andaba triste Juan. Le va a hacer bien estar con pibes de su edad.
Luciano. No sabía lo de tu esposa.
Padre. Claro, ¿cómo ibas a saber? Es así… que vamos a hacer…

Silencio.

Padre. ¿Qué hacés vos?
Luciano. Soy fotógrafo.
Padre. Mirá vos. ¿En los casamientos?
Luciano. Trabajo en algunas revistas. De moda y decoración.
Padre. Rosario tenía pila de revistas. Quemé todo cuando se fue. Las revistas y la ropa. Se volvía loca con las minifaldas, pero acá con el trabajo no las podía usar. Peor que tuviera las revistas, acá eso que tenían no lo iba a tener nunca. Muchas revistas quemé. Seis paquetes así.

Silencio.

Luciano. Mi papá tenía una enfermedad rara. Envejecía demasiado pronto. Yo tenía cuatro años. Tengo algunos recuerdos de él. Otros los invento, los cambio. Lo único que no puedo cambiar es cuando se murió. Mi papá se va siempre de la misma manera. Se muere así, en el campo jugando a la pelota conmigo. Se cae al pasto. De frente. La cara le pega en el pasto. Se hunde. Y la pelota sale picando por delante, hacia mí. La pateo y es gol. La pollera de mamá que vuela y después, muchos parientes. Me regalaron unos soldaditos. Los tiré todos juntos en el aljibe de lo de Elsa, la hermana de mi abuela. Pero más de grande.

El padre permanece callado. Toman. Los perros gruñen en sueños.

Padre. Está bien eso, está bien...

El viento agita las ramas.

Cinco

Melisa y Juan. Juan tiene puesta la remera de Luciano. Música del mp3. Melisa le saca fotos. Juan no posa pero tampoco se niega, se esconde, mira una revista de ella.

Juan. ¿Éste con los pelos así quien es?
Melisa. No sé, fijate en la revista.
Juan. (lee). Es noruego, no sé, no lo conozco.

Silencio. Melisa continúa sacando fotos.

Melisa. Correte, ponete a la luz.
Juan. Dejame, ya sacaste muchas.

Melisa continúa sacando fotos.

Melisa. Podrías ser modelo si no fueses tan tímido. Tenés una cara muy fotogénica. Cuando vayas allá te voy a presentar gente. El mes pasado necesitaban chicos en la agencia… ¿Querés? A ver, mové el brazo por delante de la cara. ¿Querés?
Juan. Sos caprichosa, eh…

Melisa lo acomoda para la foto. Se le acerca para peinarlo. Le corre el pelo para el costado. Sus caras quedan cerca. Ella le sonríe.

Juan. (sigue con la revista) Una vez hubo un recital en el pueblo. Hace tres años. En el otro pueblo. Pero no llegué. En el cruce se partió el eje de la camioneta.
Melisa. (sin dejar de sacar fotos y arreglarlo) ¿En serio? ¿Qué hiciste?
Juan. Y caminé para el pueblo. Hasta que un auto me levantó, como a las 2 horas. Pero no llegué. Era tardísimo.
Melisa. ¿Volviste a tu casa?
Juan. ¡No! (la mira) Me fui al club igual. Estaban desarmando todo el escenario, las luces. Me crucé a unos chicos que eran de Lanús. ¿Lanús? Se habían ido hasta allá en tren. Tenían como seis cajas de vino. Mi viejo me quería matar. Volví dos días después.
Melisa. (saca del bolso un cigarrillo) Prendelo.

Juan enciende el cigarrillo. Fotos. Se asoma por la ventana.

Melisa. Salieron recién. Vení.
Juan. Sí, ya sé. ¿Dónde queda Lanús?
Melisa. Al sur. ¿Querés ver las fotos?
Juan. ¿Qué fotos?
Melisa. Éstas. Las de ahora
Juan. ¿Qué ahora? ¿Se puede?
Melisa. Claro, es digital.

Melisa le alcanza la cámara.

Melisa. Apretá el que tiene una pantallita. Y pasás las fotos con la flecha.
Juan. ¿Éste?
Melisa. Sí. Y las fotos con la flecha.
Juan. ¿Éstas?
Melisa. Esas. ¿Compartimos el cigarrillo?
Juan. Perdoná, tomá.
Melisa. A ver.

Se acerca a él. Ven las fotos.

Juan. Qué feo.
Melisa. Sos muy lindo.
Juan. ¡Qué voy a ser!
Melisa. Me parece que sí.

Pasa la foto. Risa de Juan. Melisa se ríe. Juan se pone serio.

Juan. Tengo la cara áspera. No soy lindo. (deja de mirar fotos)
Melisa. (lo agarra del brazo) Vení.
Juan. Soltame. No quiero. Basta de fotos. (mira por la ventana)

Melisa mira por la ventana. Juan está serio.

Juan. ¿Vos escuchaste qué decían?
Melisa. No. Iban riéndose. ¿Te pasa algo?
Juan. No.

Melisa se ríe.

Juan. ¿Qué? ¿Qué tengo?
Melisa. La cara áspera.

Melisa le acaricia la cara. Va hacia el bolso, saca un frasco.

Juan. No quiero ponerme eso
Melisa. Callate la boca.
Juan. Caprichosa que sos.

Melisa le pone crema.

Juan. Me haces cosquillas.

Melisa le pasa crema por las manos.

Juan. Ahí no tengo cosquillas.

Quedan tomados de las manos. Entran el padre y Luciano con los pies llenos de barro. Se quedan todos en silencio mirándose. El padre va hacia la pava, se pone a preparar mate.

Melisa. ¿Adonde se fueron?
Luciano. A ver la camioneta.
Melisa. ¿La arreglaron?
Luciano. No. No sé, no...
Juan. Papá, ¿era el burro? ¡Papá!
Padre. ¡¿Qué querés?!
Juan. Si le arreglaste el burro.
Padre. No, no. ¿Echaste más astillas?
Juan. Me olvidé.
Padre. Dejá que le pongo yo. A la noche vamos a cocinar una buena cena. Ocupate Juan. Juntá algo de la quinta. Mové el ojete.

El padre le alcanza un cuchillo. Juan se pone un piloto y sale. El padre se dedica a echar leña. Deja el mate preparado. Agarra una cuchilla.

Padre. Ahí tienen mate, yo vuelvo enseguida. Descansen.

Melisa va a hablar, el padre sale sin prestarle atención. Los chicos toman mate.

Melisa. ¡Qué tipo!
Luciano. No es malo. Está solo.
Melisa. ¿Se hicieron amigos?
Luciano. No.
Melisa. ¿Te levantaste temprano?
Luciano. No podía dormir. Tomamos ginebra y en un momento nos fuimos a ver la camioneta.
Melisa. De golpe te gustan las camionetas.
Luciano. Ay, nena, qué decís... qué asco. Se murió la esposa y me contó la historia. Ella no era del campo. Pero cuando se casó con él la trajo acá. Dice que la conoció en el pueblo, ella estaba visitando a unos tíos y se ve que se engancharon. Rarísimo, porque ella tenía una carrera, era profesora de inglés, tenía trabajo y todo eso. La cosa es que se casaron y enseguida nació Juan. Supuestamente le enseño a leer, a escribir, matemática., en fin… Hasta que empezó a deprimirse. Hasta que se murió. También acá. Es horrible, pobre.
Melisa. ¿Y Juan?
Luciano. Juan es lindo. ¿No decís nada de lo de la madre? Es tremendo.
Melisa. ¿Y qué voy a decir? Es una desgracia, más vale. ¿Qué querés que la reviva llorando?
Luciano. Sos una idiota a veces.
Melisa. ¿Y Juan? ¿Juan qué hizo?
Luciano. Juan. Nada. Juan se quedó solo con el padre, trabajando acá. Jugando con esos perros.
Melisa. Ahora qué hizo.
Luciano. Fue a buscar verdura. Hay conejos. Tienen conejitos allá. Negros y blancos. Son divinos. Hay una coneja que tuvo cría.
Melisa. Para comer.
Luciano. No. Los venden.
Melisa. Sí chiquito, ¿y para qué los venden?
Luciano. No quiero pensar eso. Dejame. Me duele la cabeza.

Agarra la cámara. Sale. Por la ventana se cruza con Juan. Hablan algo. Luciano se viste con el piloto que lleva puesto Juan y se aleja. Entra Juan con un montón de verdura. Las manos embarradas.

Melisa. ¿Ayudo?
Juan. Limpiemos las verduras.

Melisa se pone a cantar, Juan se suma y al rato bailan mientras limpian. Al rato, entra Luciano con cara de terror.

Melisa. ¿Adónde te fuiste?
Luciano. Al galponcito.
Juan. ¿Qué fuiste a hacer ahí?
Luciano. No importa a qué fui. Importa que hay un conejo muerto. Colgando de una soga.
Juan. La cena.
Luciano. ¡Es horrible! Meli, estaba colgado de las patitas, con un tajo todo a lo largo del cuerpo. Las tripas colgando. Le chorreaba sangre desde la garganta.
Juan. ¿Estás llorando?
Luciano. El charco era enorme.
Melisa. Es vegetariano.
Luciano. Tu papá se reía cuando me vio. Tenía el cuchillo en la mano y se reía. Tengo el olor de la sangre impregnado. Dame algo Meli.

Melisa le da un mate.

Melisa. No pienses en eso.
Luciano. ¡Vos porque no lo viste! Está lavado (deja el mate de un golpe)
Juan. Es riquísimo con papas y tomate.
Luciano. No me hables, no sé como podés comerlos con lo inocentes que son.
Juan. Comerlos es lo más fácil, antes hay que matarlos. Costumbre. Se les clava el cuchillo en la garganta y se mueren en seguida.
Luciano. Me está haciendo mal.
Melisa. Yo una vez vi matar una gallina en el campo de un tío.
Juan. Las gallinas son cómicas. Les cortás la cabeza y el cuerpo sigue corriendo solo por el gallinero. (se ríen) Y los chanchos chillan. Así.
Luciano. Me quiero ir.

Juan se pone a chillar como un chancho. Melisa imita el sonido del chancho. Luciano se enfurece, entre las lágrimas.

Luciano. ¡¿La van a cortar?!
Juan. Perdoná.
Melisa. ¿Vamos a comer conejo? Yo quiero probar.
Luciano. Yo no pienso sentarme a comer. Tengo el estómago revuelto. Voy a vomitar.
Juan. Tenemos cedrón. Tomá té de cedrón, mi mamá decía que era lo mejor para la panza.
Melisa. Yo quiero también.

Patas de perro rascando la puerta. Entra el padre, entran los perros.

Padre. Estás pálido porteño.
Melisa. Le dio impresión el conejo.
Padre. Sí. Parece que sí (se ríe) ¿Vas a comer una ensaladita?

Luciano no contesta.

Padre. ¿Como las modelos esas que les sacás fotos?
Luciano. Me voy a acostar.
Padre. ¡Sos fino pibe! Tomá, te dejaste esto.

Le da la cámara embarrada. Luciano la agarra bruscamente y se va.

Padre. (a Melisa) ¿Querés ayudar con el conejo?

Seis

Juan acaricia a Cucho. Fuma un cigarrillo. Luciano entra desde la habitación. Juan se levanta. Saca harina de una lata. Pone una olla en el fuego. Luciano no lo mira. Enciende un cigarrillo. La tormenta ha disminuido bastante. Viento del sur.

Juan. ¿Te gustan las tortas fritas?
Luciano. Sí.
Juan. Si hago, ¿vas a comer?
Luciano. Sí.
Juan. ¿Me querés ayudar?
Luciano. No sé.

Juan agarra de una bolsa un pedazo de grasa y lo tira en la olla.

Luciano. ¿Eso es grasa?
Juan. No me digas que te da asco. Dale, no seas maricón.

Silencio.

Juan. Vas a ver lo ricas que son con azúcar, bien sequitas por afuera y blanditas por adentro.
Luciano. Está bien, ¿qué hago?
Juan. Poné música.

Luciano obedece. Juan lo observa sonriente.

Luciano. Se está quedando sin batería.
Juan. Agregá de a un huevo. Mezclalo bien.
Luciano. ¿Agarro una cuchara?
Juan. No. Se hace con las manos. Lavatelás.
Luciano. Están limpias.

Luciano se pone a cocinar.

Juan. Mi viejo dice que no se hacen con huevos. Pero mi mamá las hacía así. La receta de los gauchos es agua, grasa y harina. Y sal. Pero ella leyó en una revista que con leche y huevos son más ricas. Y es verdad eso.
Luciano. Mirá. ¿Y si freís en aceite?
Juan. No se pueden hacer en aceite. Son un asco. Mezclá bien.
Luciano. ¿Tu mamá cocinaba?
Juan. Siempre.
Luciano. ¿La extrañás?
Juan. Y, sí. Amasá un poco más que ya las hacemos. ¿Sabés qué? Estoy juntando plata para comprarme un equipo de música. Tengo 200 pesos. Por ahí consigo por ese precio. ¿No?
Luciano. No. Valen más.
Juan. Uno afanado. En el pueblo hay unos pibes que se dedican. Y hablo con ellos y listo.
Luciano. Ah. Puede ser. Sos tremendo. (se sonríe)
Juan. Y cuando vaya allá a verlos me compro discos. Me compro muchos discos… No digas nada del equipo, mi viejo no sabe. Y de la plata tampoco, vendí unas herramientas que ya no usaba y un collar de mi mamá. Valía más, yo sé, pero bueno. De ella con lo que me quedé es una medallita de la Virgen Niña. ¿La conocés a la Virgen?
Luciano. Si, la Virgen, la conozco.
Juan. Pero la Niña, ¿la conocés?
Luciano. No sé, creo que no.
Juan. Es linda, está rezando, con un pañuelo en la cabeza y los ojos los tiene cerrados. Dale, amasá, no me mires. Acordate, no le vayas a decir de la plata a mi viejo, eh.
Luciano. Quedate tranquilo.
Juan. Si me la encuentra capaz que me la afana y se la chupa.
Luciano. Está bien, podés confiar en mí.

Juan agrega leche a la masa.

Juan. ¿A qué fuiste al galponcito?
Luciano. A sacar fotos.
Juan. ¿Sacaste?
Luciano. No. Vi el conejo.
Juan. ¿Y antes? ¿Te llevó a arreglar la camioneta?
Luciano. Sí. ¿Por?
Juan. Para nada, por saber. Más fuerte amasá.

Silencio.

Luciano. ¿No te vas a ir de acá nunca?
Juan. Yo quiero. Pero me da miedo.
Luciano. Vení con nosotros. No podés vivir para siempre en este lugar.
Juan. ¿Me llevás?
Luciano. Sí.
Silencio, viento. Ladridos lejanos de Diana.

Juan. Esa es Diana. Amasá un poco más.
Luciano. Me canso.
Juan. Dale, no te quejes. (mira por la ventana) Llueve menos. Si cambia el viento el camino se seca en una noche. Pero está medio rara la tormenta… ¿Ves allá? Ahí había una hamaca. Me hamaca-

ba todo el día. Mamá leía revistas ahí. Cuando se murió, papá la tiró. Ella decía, mi mamá decía que yo tenía ojitos de liebre cuando estaba contento. ¿Tengo ojos de liebre?
Luciano. Oscuros. Y brillan.

Luciano se le acerca. Se abre la puerta. Melisa entra con la ropa de Juan manchada.

Melisa. ¡Lo destripé! Y le saqué el cuero.

Luciano y Juan la observan. Juan se ríe. Luciano se da vuelta y amasa.

Siete

La música a alto volumen. Melisa lava los platos de la cena. Luciano está comiendo tortas fritas frías y tomando té de cedrón. Luz de un farol. Se escucha el viento. Cae una lluvia tranquila.

Luciano. Está tardando mucho.
Melisa. No seas ansioso. Sacame una a mí.
Luciano. Dejame de joder. Estás horrible.
Melisa. Estúpido.

Entra Juan vestido de aviador.

Juan. ¿Esto querían ver?
Luciano. Eso mismo.

Melisa le larga una carcajada.

Juan. ¿Vas a sacar muchas?
Luciano. Depende.
Juan. ¿De qué?
Melisa. De lo que te dure puesto.

Risas.

Juan. Es de la guerra en serio.
Luciano. ¿Tuyo?
Juan. Lo compró mi viejo en un rezago.
Melisa. Que impresión.
Luciano. ¿Qué decís?
Melisa. Que el que lo usó está muerto.
Luciano. Por ahí lo donó.
Melisa. ¿A quién se lo va a donar?
Juan. Al dueño del rezago.
Melisa. Es lo mismo. Si es de la guerra de verdad alguien lo usó, y si no está muerto mató o vió muertos.
Juan. A mí no me importa.

Luciano saca fotos. Melisa baila y posa.

Juan. Sacarse fotos es de chicas.
Luciano. A mí me encantan las fotos.
Melisa. Juan, vení.

Juan se acerca un poco.

Melisa. Vení. Dame la mano. Así.

Lo toma de la mano. Le baja apenas el cierre del traje. Melisa se saca una hebilla, se la ofrece. Juan duda, tarda y se pone la hebilla en el pelo.

Fotos.

Juan. ¿Te gusta?
Melisa. Muy bonito.
Juan. ¿A vos te gusta?
Luciano. ¿A ver aviador? Me gusta, sí. Melisa correte que le saco unas solo.
Melisa. Qué envidioso.
Luciano. Correte tarada.

Se ríen. Melisa observa la escena.

Melisa. Luciano se comió todas las tortas fritas.
Juan. Yo sabía que le iban a gustar.
Melisa. Después dice que está gordo. Y no come nada por una semana.
Juan. ¿Hacés dieta?
Luciano. No, no hago dieta, como sano.
Melisa. Si no engorda.
Luciano. Era gordito de nene.
Melisa. Era un chancho.
Luciano. Vos sos pelada. Correte de ahí que molestás.

Juan posa, de soldado, agarra una escoba como si fuese un arma. Baile. Fotos.

Luciano. Meli, sacanos una foto.
Melisa. Ya va.
Luciano. Ahora. Dale.
Melisa. Qué pesada que sos.

Melisa toma la cámara. Luciano se acerca bailando a Juan. Le da un beso en el cachete.

Juan. ¿Qué hacés?
Luciano. Estamos jugando.
Juan. Pero no quiero que me des un beso.
Melisa. ¿Querés que te de un beso yo?
Juan. No.

Silencio. Sólo se escucha la música. Juan se sube el cierre del traje.

Juan. El dueño del rezago dijo que es original de la guerra. Que no sabe de quién es, que esas cosas no se saben. Por respeto a los muertos, dijo. Pero que el que lo usó tendría los mismos años que yo, nada más. Tiene marcas de la guerra, del frío y está roto aca abajo por las piedras. No quiero sacarle más fotos al traje.
Silencio. Entra el padre.
Padre. Ya casi está. ¿Alguien me puede dar una mano?
Melisa. ¿Qué hay que hacer?
Padre. Darle arranque mientras yo la regulo.
Melisa. Yo voy.
Luciano. No. Voy yo.
Melisa. Quiero ir yo a ayudar.
Padre. Juan, ¿te vas a rascar las bolas todo el día? Ayudame. Y sacate eso que parecés un pelotudo.
Juan. No tengo ganas de ir. Que vaya Luciano.

Melisa. Pero quiero ir yo.
Padre. Vení nena, vos. Vamos.

Salen. Silencio.

Luciano. Disculpá. No te quise incomodar Juan. Estábamos divirtiéndonos.
Juan. No importa. Ya está.
Luciano. Pensé que querías.
Juan. Piloto de avión quiero ser. Y me voy. Volando me voy.

Apaga la música. Viento. Juan se acerca a Luciano, no llega a tocarlo y sale precipitadamente.

Ocho

El padre y Melisa. Hay una botella con vino, dos vasos. Apenas llueve.

Melisa. Cuando tenía siete años le partí la mandíbula a una nena en el colegio. La alcé. Era chiquita ella. La levanté en brazos y la solté al piso. No sé por que hice eso. La tenía agarrada y me cansé de tenerla. Le partí la pera. Mis compañeras me decían que me iban a echar de la escuela. Estuve todo ese día muerta del susto. Pero no me pasó nada. A la salida estaba ella con los padres, tenía cosido todo el mentón. No me habló nunca más.
Padre. Si hubiese tenido una nena Rosario estaría más contenta.
Melisa. Mi mamá quería un varón. Así que cuando nació mi hermano estaban todos encima de él. Yo lo odié.

El padre le acaricia el pelo.

Melisa. Te parecés a ese actor. No me acuerdo el nombre
Padre. ¿Quién?
Melisa. Un actor de Hollywood que era gay. Tenés los ojos iguales.
Padre. ¿Qué decís?
Melisa. Un actor muy lindo. (le hace un gesto con la mano)
Padre. ¿Que de gay? ¿Puto?

El padre suelta una risa.

Padre. Piba. ¿Qué tengo yo de actor de Hollywood?
Melisa. Los ojos.

Se quedan en silencio.

Padre. No llueve más.
Melisa. No.
Padre. Va a secar rápido.
Melisa. ¿Podemos cocinar un guiso mañana?
Padre. Como quieras vos.
Melisa. Quiero guiso.

El padre le acaricia la cabeza, medio bruto, como a los perros.

Padre. Como quieras vos.
Melisa. Voy a extrañar el olor de la tierra mojada.
Padre. El que extraña siempre está en otro lado.

Melisa enciende un cigarrillo. Fuma. Le ofrece al padre. Éste acepta. Melisa se para frente a la ventana. Mira la lluvia.

Melisa. La tiré al piso porque no podía tirar a mi hermano. Por eso la solté contra el suelo.

Fuman.

Nueve

Mañana. Se filtra algo de sol, de a ratos. Melisa y Luciano toman café con leche.

Melisa. Arrancó anoche. Yo la hice arrancar.
Luciano. ¿Nos vamos ahora?
Melisa. Después de almorzar.
Luciano. Mejor.
Melisa. No tengo ganas de irme. Podemos quedarnos unos días más. Aprovechar el sol.
Luciano. No. Mejor irse.
Melisa. Yo volvería.
Luciano. Yo no.
Melisa. Bueno, listo.
Luciano. ¿Listo qué?
Melisa. ¡Miralo a Juan!

Entra Juan con los perros. Lleva consigo unos frascos y un ramo de cedrón.

Juan. Es de durazno. Estaban en la alacena del galponcito.
Melisa. ¡Qué rico!
Juan. La hice yo.
Melisa. ¿En serio?
Juan. Sí. (a Luciano) Y té para vos.
Luciano. Gracias Juan.
Melisa. ¿Tu papá?
Juan. Ya viene.
Melisa. ¿Vas a venir Juan a visitarnos? ¿Vas a venir?

Juan no contesta.

Juan. Se murieron dos conejitos.
Luciano. ¿Cómo se murieron?
Juan. Se murieron. Los encontré muertos hoy. Estaban duros al costado de la jaula.
Luciano. ¿Los enterraste?
Juan. Los quemé.
Melisa. Pobrecitos.
Juan. Se mueren todo el tiempo.

Entra el padre.

Padre. Salimos cuando ustedes quieran.
Melisa. Después de comer. ¿Nos acompañás hasta el pueblo Juan?
Juan. No podemos dejar solo acá. Andan comadrejas, hay que cuidar que no maten las gallinas, los conejos. Mejor me despido acá.
Padre. Impecable quedó. (por el dulce de durazno) ¿Había todavía?
Juan. Eran las últimas.
Luciano. No salgamos muy tarde, Meli.
Padre. Si quieren comer hay que apurarse.

Melisa agarra un cuchillo.

Melisa. Yo me encargo. ¿Puedo?
Juan. Voy con vos.

Luciano lo mira. Salen.

Padre. Tiene pasta.
Luciano. Es una trastornada.
Padre. Vos sos muy blanducho, pibe.
Luciano. Blanducho o como sea. No me importa

Saca la cámara del bolso.

Luciano. ¿Puedo sacarte una?
Padre. ¿A mí? (burlón) ¿Me vas a poner en esas revistas?
Luciano. No creo.
Padre. Dejame de joder con fotos.
Luciano. Una sola. Dale, sonreí. Pensá algo lindo.
Padre. Dejate de pavadas, pibe.
Luciano. Algo lindo, ¡dale!

El padre se queda tieso, mira hacia otro lado. Luciano saca una foto.

Luciano. Ya está ¿Querés verla?
Padre. No, no. Mejor no.

Silencio.

Padre. ¿Querés saber que pensaba?
Luciano. ¿Qué pensabas?
Padre. Rosario allá, hamacándose.

Entra Juan.

Juan. Luciano, ¿me ayudas a juntar las verduras?
Luciano. Sí corazón.

Salen. El padre permanece mirando hacia *la hamaca*, en silencio.

Diez

Sol radiante. Juan está parado frente a la ventana. Entra el sol, brillante, invade toda la cocina de luz. Juan tiene el casette en la mano. Se oye la camioneta que se va alejando de a poco. Los perros ladran afuera. Juan mira el casette y lo deja sobre la mesa.

Juan (asomándose a la ventana). ¡Cucho! ¡Vení para acá! ¡Cucho! ¡Diana! ¡Vengan! (los llama silbando) ¡Vengan vamos! Vengan que hay comida. ¡Vamos! ¡Diana! ¡Adentro! ¡Adentro dije!

Los perros siguen ladrando. Juan toma la radio. Sintoniza FM. Suena con interferencia una canción. Escucha la canción. Los ojos le brillan.

Once

Noche. Se escuchan los grillos. Los perros descansan. El padre está solo en la cocina, tomando ginebra. Enciende la radio, intenta sintonizar, alcanza una de folclore, escucha. Entra Juan con el traje de piloto puesto. El padre apaga la radio. Lo mira fijo. Juan se sienta delante de él.

Juan. Esto era de un chico. Como yo.
Padre. ¿Y?
Juan. Y nada. ¿Dijeron algo?
Padre. ¿De qué?
Juan. De algo, no sé. ¿No te dijeron nada? Cuando se despidieron, ¿no dijeron si iban a volver algún día?
Padre. Sos como tu madre Juan, la cabeza llena de pajaritos, de fantasías. No dijeron nada. Gracias y chau. Y si te he visto no me acuerdo.
Juan. Me invitaron a ir a Buenos Aires. Podría ir, un tiempo. Consigo un trabajo y puedo mandarte plata. Ellos me dijeron que me dejan quedar en su casa.
Padre. ¡Pero dejate de joder! ¿Vos tenés idea de lo que es estar ahí? ¿Te querés llenar de ideas como Rosario? ¿Vos te pensás que esos pibes se van a acordar de vos? ¿De lo que te prometieron? A esa gente lo único que le importa son ellos, y ellos. Salen a divertirse, a recorrer, a hacerse los aventureros y para ellos vos no sos más que un animalito Juan, un bicho, un perro que tienen un rato y después lo tiran a un costado. O peor, lo desguellan y que se pudra en el campo. ¿Vos? ¿En Buenos Aires? ¿Querés ser modelito? ¿Con ese marica y esa putita? A ver cuánto les dura el amor. Hijos de puta.
Juan. ¡Ellos me prometieron, me dijeron la verdad! ¡Vos no sabés! No quiero quedarme acá, como mamá muriéndome de nada, de ver la nada, de pensar en todo lo que hay afuera y que no voy a conocer. Vos querés que todos se queden pegados a vos, no importa que nos pase. ¡Vos la hiciste venir, vos la obligaste a quedarse, hasta que se enfermó y se murió por tu culpa!
Padre. ¡Guacho de mierda!

El padre se levanta para pegarle una trompada, pero no puede, se frena, se contiene. Silencio. Juan lo mira fijo, se saca la ropa de aviador, queda en calzoncillos, abre la cocina a leña y tira la ropa adentro del fuego. El padre inmóvil.

Juan. Era de un chico como yo. ¿No? ¿Qué edad tendría ahora?
Silencio.
Juan. ¿¡Qué edad tendría ahora?!
Padre. Cuarentipico.
Juan. Como vos, ¿no? ¿No?

El padre agarra un cuchillo.

Padre. Voy a preparar un conejo para mañana.
Juan. El traje… papá, no quise.
Padre. Ya está muerto ese chico Juan. ¿Para qué servía ese trapo viejo?

Sale. Juan agarra el gancho de hierro de la cocina y sale hacia el galponcito.

Fin.

micro monólogos

Durante el ciclo lectivo 2011 cumple 20 años de labor pedagógica en el marco de nuestra institución la Cátedra Práctica Integrada I, en su especialidad de Creación Colectiva. Pionera de otras cátedras académicas similares en el país, durante estas dos décadas su profesor titular, Mauricio Kartun y su equipo docente: la profesora adjunta Julia Lavatelli, Pedro Sanzano y María Boggio desarrollaron una metodología y una práctica de proceso creativo, en la modalidad conocida como dramaturgia del actor.

En la búsqueda de un formato que estimulara la creatividad individual en todos y cada uno de los niveles de la práctica escénica se fue consolidando en la Cátedra el formato propio y original del micromonólogo: pieza teatral para un solo actor, de duración muy acotada –aproximadamente tres minutos-, límites estrictos en la propuesta escénica y temática común en cada cursada, que unidos luego entre sí en una edición espacial se constituyen como espectáculo formal.

Con este espectáculo en carácter de muestra anual ha cerrado tradicionalmente dicha cátedra la experiencia de cada ciclo. La circulación luego por distintas vías formales e informales de los micromonólogos de cada muestra dio lugar a su vez a impensados nuevos montajes parciales de los mismos en muy diferentes ámbitos nacionales y a su aprovechamiento como material de entrenamiento en clases. A efectos de difundir y promover este formato surgido de nuestra carrera, la Facultad de Arte convoca al I Concurso Nacional de Micromonólogos teatrales. Que habrá de llevarse a cabo en forma anual.

NO CUENTE EL FINAL

*De **José Moset***

Personaje: Juan Moreira

Hoy es miércoles, justo la mitad de la semana, como dijo Caffarelli. Horas mirando ese árbol, aquel tapial, la casita del hornero. Agua y barro. Barro y agua. (*Sonidos de descargas eléctricas en un receptor de radio.*)

"Don Francisco, que me ha echao al medio de puro vicio, guárdese de mí porque ha de ser mi perdición en esta vida, y de su justicia tengo bastante" y corría como una electricidad en la sala. Habían llegado en autos, en sulkys, a caballo, caminando. Dicen que siempre paró, pero esta vez... Alcorta, Sociedad Italiana, qué debut, veintiuna y cuarenta y cinco y, por favor, no cuente el final.

El gran invento de la humanidad, dijo el Negro Faustino esa tarde en el bar Imperial. Ni la luz eléctrica, ni el teléfono, ni la vacuna contra la polio. Con esto se terminó el verso de los relatores. Van atrasados con las jugadas, inventan peligros, confunden al tres con el ocho. Para nosotros, en cambio, es genial. No sólo en las casas de familia; ahora también los empleados de tienda, de las estaciones de servicio, los camioneros, los que manejan los arados o las zorras del ferrocarril, no se van a perder ningún capítulo y todos van a querer ir a vernos. Empieza una nueva era para nosotros. ¿Oíste hablar del Siglo de Oro en España? Bueno, algo así nos espera.

Soretes de punta. La casita del hornero tiene sala y tiene alcoba. Agua y barro. Barro y agua.

San Nicolás. Familiar: agotadas desde dos horas antes. Noche: quedaron unas pocas, pero con ese frío, tres bajo

cero... Después, desde Labordeboy hasta Brinckman, noche tras noche, 431 kilómetros triunfales. Siempre agregando sillas o directamente echando gente y nadie contaba el final. Público de fierro. (*Descargas.*)

Por fin fui a la casa de mis consuegros y vi televisión. ¿Qué querés que te diga? Todos hablan como si estuvieran en el living de su casa, casi no se les entiende. Para colmo, son historias sin fuerza, sin emoción, sin sangre en las venas. ¿Será muy largo esto? Pronóstico de mierda.

Y cuando dije "yo soy un hombre maldito que he nacido pa´ penar y pa´ andar huyendo de los hombres que han sido mi perdición", muchos lloraban, hasta los viejos. Apoteótico. Cien veces salté ese tapial, mientras me mataban a traición; yo creía que esa alegría no iba terminar nunca. Y casi sin darme cuenta, en poco tiempo, chau, barranca abajo. Cada vez menos, menos, menos, hasta suspender esa noche cruel en General Baldissera.

El Negro Faustino en el Imperial tomando restos de vino de las mesas recién desocupadas. Vamos a volver –lloraba, en pedo-. Y vamos a hacer la tournée más larga de la historia. Nuestro pueblo se va a cansar de esos maricones y va a volver a nosotros; ponele la firma. (*Descargas.)*

Osvaldo Caffarelli en la Spika forrada en cuero. "¿Qué tal, amigos? Hoy es miércoles, justo la mitad de la semana". Pero, la verdad, los días ya no vuelan como antes y sueño, cada vez más seguido, con el viejo Leylan atascado en el camino rural y toda la compañía empujando.

UNA MUJER QUIETA

*De **Ignacio Martín Santillana***

Un hombre de unos treinta y cinco años viaja en micro con su hija de unos siete. El hombre tiene un ventilador a pila en la mano.

¡Quedate quieta, querés! Quedate un poco quieta. Quieta. Una mujer quieta. Como tu mamá. Una mujer quieta, querés. Por favor, una mujer quieta, hijita, quieta. Estamos viajando, ¿entendés? Y viajar, se viaja sentado. Se viaja sentado. Sí. Sentado y quieto. Y se espera que el tiempo pase. No, que el tiempo pase no. Que los kilómetros pasen. Estamos viajando, ¡por favor! Si te parás y corrés por el pasillo molestás a la gente. ¿Qué van a pensar, hijita? ¿Qué tenés, hormigas en el culo? Si tu mamá te mandó con hormigas en el culo a propósito decímelo. Me lo tenés que decir. Porque esas cosas me las tenés que decir. ¿Entendés? Con esas cosas no se jode. Porque tu vieja muy quietita, muy quietita. Es verdad. Pero quietita y sentada… eh, sí. Le dio besos al padrino. Sí, al tuyo. Lo tenés que saber, ya estás en edad. Besos en la boca. Eso está mal. Por eso quietita, así se acomodan las ideas. *(Pausa breve. Enciende el ventilador.)* ¿Tenés calor? Estás toda transpirada. Ahora cuando llegamos, dejamos los bolsos y vamos a la playa. Aunque esté feo. Quiero que veas el mar. El mar, hijita. Vas a re flashear. Vas a ver. *(Haciendo letrero en el aire.)* EL MAR. *(Apaga el ventilador.)* Lo que conociste con mamá no es el mar, es el río. El río es otra cosa. El río va, el mar viene. ¿Entendés? Ya vas a ver. El río va *(Hace el gesto con las manos de que va.)* En cambio, el mar viene. *(Hace el gesto de viene.)* Es importante eso, para tu formación. Es importante. Tenés que saber que hay cosas que van, pasan; y otras que vienen, a veces se quedan y otras se van, pero vienen. ¿Entendés la diferencia? Tenés que saber diferenciar. Esto seguro que no te lo enseñan las monjas. Seguro que no. Seguro. Vos tenés que pensar. No aceptar todo como viene. Pensar. Tu mamá no piensa, por ejemplo. Ella sólo se sienta. Quietita. Se sienta. *(Silencio.)* Además… Bueno, sí, te lo tengo que decir, la vida tiene estas cosas, qué querés. Hay que bancársela. Calladita. Sí. Y ya me di cuenta que no parás de tirarte peditos. Comiste ensalada de legumbres. Yo sé. Ese olor… Tenés el mismo sistema digestivo que tu vieja. *(Ríe como sin poder entender.)* El mismo olor. ¡Ja! El olor a pedo de tu vieja… *(Enciende el ventilador.)* Qué flash. No. No está bien que te haga comer eso antes de viajar. ¿Entendés? Antes del viaje, livianito. Un sanguchito de jamón y queso, sin mayonesa. Un platito de fideos con manteca. Un vasito de agua. O vino, pero vos no tomás. No tomás, ¿no? Sos muy chiquita. Qué vas a tomar. ¡Je! Tu vieja… *(Apaga el ventilador.)* Cuando llegamos, dejamos todo y vamos a la playa, pero antes vas al baño.

VIGILIA

*De **Mariano Nicolás Saba***

Solo como un perro. Nunca entendí eso. De hecho, te siento ahí, en mi frente, cruzando con paso lento las cerdas del ceño, entre los ojos, bobos de sueño. No está bien usurparme, mierda, saltar así sobre mí, de repente, aprovechar para sorberme el cuero en este traqueteo interminable que dispara vaya uno a saber para dónde. Debería cobrarte pasaje. Pero no digo nada, yo también estoy de prestado. Todos somos polizontes de algún lugar: un tren, una piel, un alma. Quisieron sacarme cuando salíamos, repartí tarascones y un gordo de uniforme gritó: "¡Dejémoslo, un gentío espera al hombre!". En Kiev abrieron ese portón verde, y un guarda: "¡Ponen "ostras" y acá no hay! ¡Ataúd! ¡Con razón no llegan a Moscú, carajo!". Se quejaba de que ocuparan todo un vagón frigorífico para trasladarlo. "¡Y la refrigeración rota! ¡Va a llegar todo podrido el cuerpo!". Así llamó a mi amigo: "el cuerpo", al hombre dormido en esa caja en medio de la oscuridad. Él ni se inmutó, pero no me sorprende, es un hombre callado, siempre anda tosiendo y lleva la boca como si estuviera harto de hablar. Eso sí: ¡escribe! Desde que nos conocimos en Selva Negra, ahí, en el jardín del hotel, lo he visto escribir sin parar, con la manta sobre las piernas. Paraba solamente para saludar

a alguno que le llevaba té, o para ver un árbol a lo lejos, o para acariciar mi lomo. No debe haber pagado… para que los mozos del hotel lo hayan despachado así, en medio de una siesta, en esa caja de madera. No sé si ustedes, las pulgas, hablan la misma lengua que nosotros, este rezo viejo del ladrido. Un gruñido de vez en cuando y algunas palabras para rumiar si nadie nos ve. No hay que hablar frente a los hombres: se toman todo muy a pecho. Mi amigo lo sabía. ¡¿Cuándo llegamos?! ¡Por Dios! Este hombre no ronca, pero tiene un sueño plomizo. Yo no puedo dormir en movimiento. Yo vigilo. He vigilado sus últimas siestas, compitiendo el cariño con su esposa, una mujer odiosa. Dejémoslo ahí. He cuidado sus sueñitos. Sí, señor. Un día se despertó, se alisó el pelo y me dijo: "No vale la pena escribir como quien espera o sigue a un tren. Así es aburrido. Hay que escribir como quien tiene un tren viniendo de frente. El juego de siempre es apartarse a tiempo. El día que no llegues a hacerlo, ahí empieza la comedia de verdad, ¿no?". ¡Jaj, qué hombre loco! ¡Si después me ladró en la cara y se puso a anotar todo en su libretita! Debemos estar llegando a Moscú. Entre nosotros, me alegra. Creo que mi amigo está enfermo y allá hay buenos médicos. Sé que él mismo lo es, pero nadie es profeta en su cuerpo, ¿no es así? Yo tampoco puedo apartarte de mí, bichito. Además, uno es uno y nunca puede darse cuenta de cuánto ha cambiado. Uno no puede saber si tiene cerca el tren, ni uno sabe. Yo, por ejemplo, siempre he sido el mismo perro y, creo, cada vez más igual a mí. Siempre un perro cualquiera, un tal perro, solamente tengo este amigo. Un hombre cualquiera también, un tal Antón Pávlovich no sé qué. Amigo mío.

DIARIO DE VIAJE

*De **Emilce Elisabeth Rotondo***

Papá maneja y señala lugares de su infancia a medida que llegamos a Tapalqué; yo sólo veo montecitos, todos iguales.

Llegamos a la casa que fue de sus abuelos y hacemos silencio.

Aquí nació mi abuela paterna, y vivió su hermano Balbino hasta que enviudó y se fue al pueblo con las hijas.

Gruesas paredes de ladrillos asentados con barro, ventanas enrejadas, tejas de Marsella. Y las troneras, agujeros por donde se pasaban los rifles para pelear contra el malón, lo único que yo recordaba. Vuelvo a verlas, pero no son como en mi recuerdo.

La única vez que vine yo tenía nueve años; a la noche nos encajamos delante del rancho de la tía Prudencia. Balbino oyó el motor ahogado en la enorme noche pantanosa y vino a ayudarnos, a caballo y con cadenas. Raquel, su hija mayor, de doce años, vino con él. Porque era linda, alta, de largo pelo negro, por su sonrisa ancha, por su valor, por su casi salvajismo, me enamoró.

Papá tenía un llavero con una cadena dorada y la cortó y unió fabricándole una pulserita que, en cuando salimos del pantano, tirados por sus caballos, me dio para que se la entregara.

Me acerqué nerviosa y con la voz temblona, en la penumbra del rancho, le dije algo así como "para que siempre me recuerdes" que me sonó enorme, novelesco, audaz y me llenó de vergüenza. Volví al coche y me hice la dormida para no volver a mirarla.

Llegamos al pueblo, y a los mates de las primas de papá. Raquel es rubia ahora, tiene el pelo corto y anteojos, pero su sonrisa es la misma de hace cuarenta años.

De tarde en tarde nos vimos en la casa de mi abuela, su tía, ellas absolutamente solteras, porque el padre no les permitía salir, ir a bailar, tener novios.

Raquel tenía treinta y pico cuando quedó embarazada de un viajante que quizá la apretó contra un portón apurado y sin placer y que no regresó nunca.

(Ojalá no haya sido tan así, ojalá haya vivido una historia de amor).

Cuando se supo embarazada fue a tirarse al arroyo.

Pero vivieron ambos y crió a Maximiliano entre la vergüenza que su padre le impuso diariamente y el maltrato de su hermana menor, que la ayudó a criar al nene porque era su deber y porque en ese espejo veía su irremediable soltería como una virtud.

El viejo murió, Raquel trabaja en una tienda y Maxi es muy alto, tiene catorce años, granitos en la cara y la voz se le hace profunda de a ratos.

Ella se acuerda de aquella noche de la encajada, pero no de que yo haya estado allí: durante años, la vergüenza me hubiera llevado a negar haberle dado ninguna cadenita; ahora quiero acercar el recuerdo, pero ella se adelanta:

-¡Me acuerdo de que Alfredo me dio una cadenita! –dice, refiriéndose a papá-

-¡Claro!-salto yo- y cuento mi gesto, mi vergüenza, mi necesidad de borrar ese deschave novelesco.

Todo es inútil: Raquel recuerda la noche y la cadenita, pero no a mí. Tanta historia para nada.

Me río tiernamente de mi fracaso, asumiendo el bochorno de no ser una mujer inolvidable.

UN DÍA ANTES DE LA MUERTE DE OLMEDO

*De **Pablo Iglesias***

*Fantasma de actor joven en calzones frente a público, **un** perchero con distintos vestuarios, los revisa.*

Se te duermen los pies, los brazos, la espalda, vos te dormís y el auto sigue y la ruta sigue y ahí es donde la cabeza ruge como motor, avanza como una cámara mientras tu cuerpo sigue quieto. Y tu cuerpo no da más pero en la cabeza se te instaló el sonido de las olas y ya no podes dejar de acelerar. Y desde aquel día es allí, en ese punto exacto, donde a mí me aparece la risa y entonces ya no cabeceo...

Elije una especie de túnica, sonríe cómplice con el público.

Eso me dijo mi hermano mucho después de nuestro último viaje a Gesell. Fue hace ya más de veinte años, un día antes de la muerte del negro Olmedo. Esa noche después que llamaron del hospital donde trataron en vano de salvarme la vida, nuestra casa de vacaciones se llenó de gente conocida y extraña y él se fue a dormir lo más campante. A la mañana siguiente se despertó con los chillidos de nuestro abuelo en la puerta de entrada, los abuelos también estaban de vacaciones pero en Mar del Plata, a la abuela le gustaba mucho la timba, y los hicieron venir mintiéndoles que yo me había accidentado con el Jeep en los medanos y estaba grave, así que apenas bajaron en la Terminal de la 140 y 3 les dijeron de mi muerte. Los chillidos del abuelo parecían el de una mujer y eso le llamó mucho la atención. Enseguida entró la tía Bety al cuarto y le dijo "¿Sabes quién se murió? Y él pensó que todavía no había despertado y todo había sido una pesadilla o que ella había enloquecido. "Alberto Olmedo" le dijo.

Deja la túnica y toma un frac con sombrero, niega y lo deja.

Mi hermano me pidió que explique que recién cuando nos volvimos a ver para este asunto entendió porque nunca más pudo escribir algo con humor. Primero pensó que era la culpa que le duraba por haber cabeceado al volante cobrándose mi vida, al fin y al cabo, un pobre proyecto de actor que murió virgen a los veinte; eso creía él, pero llegué a debutar en un sauna de Flores, lo que pasa que nunca lo conté. Dice que ahora se da cuenta que es por la muerte de Olmedo, el mejor actor de todos, el gran capo cómico. Entonces ahora quiere dejar el luto al humor y me pidió que les cuente esto a ver si de una vez se lo saca de encima y le sale algo gracioso, que tiene muchas ganas, dijo. Que me agradece y les agradece por el intento. Que por ahora va a seguir viajando, que solo la ruta le devuelve el humor llano, sin causticidades pero que en cuanto llega a destino lo vuelve a perder. Que igual va a seguir intentando porque es escritor y los escritores saben que de la tragedia a la comedia hay un solo movimiento y me dijo que si quería terminara este micromonólogo con algún skecth gracioso de lo que quieran que los haga reír pero que él me recomienda al Negro Olmedo con fervor.

Le tira al público todos los vestuarios.

... ustedes elijen.

*Sí **el** público elije, él debe estar preparado para actuar.*

EL PAISAJE DE LOS SUEÑOS

*De **Adriana Garibaldi***

Hilda: ***(De pie, una valija, aferrada, en su mano)***. La última vez que nos vimos, fue en el check in**.** De haber sabido que iba a pasar tanto tiempo, la despedía, aunque sea, con un gesto. No sé cómo! Tenía los papeles estrangulados en las manos: pasaporte, pasaje, el cerificado. Y los nervios, que me salían por el esmalte de las uñas. Cuando llegué al aeropuerto!. Toda esa gente vestida como para ir a un casamiento por civil. Rojas, sentí las mejillas. Fui derechito al mostrador, con los párpados flojos. ***(Apoya la valija en el piso).*** La empleada me miró como si yo, no pudiera pagarme un pasaje. No puedo. Le mostré el certificado del concurso que decía que era acreedora de un viaje. Le importó un rábano. Tengo ropa más linda. Me puse así nomás, por si me ensuciaba. Nunca había viajado. Abrió el pasaporte y me clavó los ojos. Lo cerró. Me seguía mirando mal. Despachó la valija. A la bodega, dijo. Revisó el pasaje. Ahí estaba todo en orden, lo leí tantas veces para entenderlo! Practiqué la manera de decir, esa, que deletrean las palabras: **M**ike-**A**lfa-**R**omeo-**I**ndia-**A**lfa. **María**. Con ella practicaba, nos hablábamos así todo el día. Mi vecina. Me acompañó hasta el remise y se fue al súper. Volviendo de las compras la agarró una camioneta. Me llamaron a mí, era el único teléfono en su celular. **H**otel-**I**ndia-**L**ima-**D**elta-**A**lfa: **Hilda**. María transpiraba cuando me veía tomar la sopa. Venía con el abanico, vociferando: "Tomá la sopa que está haciendo furor en Europa y ganá un pasaje al viejo continente. Te lo vas a ganar, debés ser la única loca participando". Así como lo gané, lo perdí. No conseguí que me dieran para otra fecha. Ahora que se viene el invierno sacaron el premio. La sopa se vengó porque la dejaba enfriar. Yo veía esfumar su humito, ella vio esfumar mi ilusión. Qué pavota! Cuando iba para Ezeiza, veía pasar micros de extranjeros, pensaba que venían para acá, para hacerme lugarcito en Europa. Le preparo un budín, una tarta de puerros? ***(Se siente conductora de programa de cocina).*** Estoy hablando en voz alta? Hace mucho? Se me escucha? Estoy al aire? ***(Mira hacia la valija. La ve).*** Volviste? ***(La abraza).*** Conociste gente? Y los idiomas?. Llevabas un diccionario, sabías? Respetaron el recorrido? Te deben haber hecho dormir en los aeropuertos. Los hoteles estaban pagos. ***(La mira. La indaga. La huele.)*** España, seguro. Italia? Cuál de todos será el olor de Bélgica. A Turquía fuiste? Eso fue por tu cuenta. No estaba en el recorrido. ***(Se distancia y la observa)***. Te sentiste libre. Voy a hacerte una confidencia. De este viaje, lo que necesitaba eran paisajes nuevos. Otros paisajes para mis sueños. Soñaste? Te los acordás? ***(Baja y apoya la cabeza en la valija).*** Contámelos. Quiero recorrerlos.

SONIA FRAGA

*De **Florencia Patruno***

Sonia y Ana miran sentadas desde sus cajas las góndolas vacías de gente mientras el sol de la siesta dibuja una ancha franja sobre sus caras.

Sonia: Estuvo divina la fiesta, divina divina... habia de todo para comer, todo lo que te imagines, todo todo, de todas las fiestas a las que fui...en la que más comí fue en esta...el vestido de Nayda era pre-cio-so...en color verde agua con unos voladitos tipo de gasa y tul...algo así medio transparente en verde agua y con unos brillitos en plateado...todo todo lleno de esos voladitos, y la madre de color coral, coral sí, coral...es ese color...viste ese que es como rojo y naranja pero no es ninguno de los dos? Coral se llama...muy elegante estaba mi prima, muy muy...y como en Villaguay justo ese fin de semana era la fiesta del pastel artesanal...la de pastelería que ni te cuento, como desde facturas alemanas hasta cosas que...no sé mirá porque había tanto...increible no? Que en un lugar así tengan esa fiesta, porque es como el pupo de Entre Ríos, y ahí en el pupo de una provincia festejan los pasteleros...mirá todo lo que se hace en el pupo de un lugar...el marido de mi prima tiene un muy amigo que se dedica a eso parece, que por eso habían llevado de la fiesta esa a la de 15 de Nayda todo lo que no se consumió para la hora del desayuno...viste que se desayuna mucho en las fiestas de 15, que ya estás muerto de haber bailado y comido y charlado todo...y al amanecer me dice mi prima, vamos a recorrer Villaguay! y nos fuimos a recorrer Villaguay en auto para que yo conozca un poco más la zona y que se yo...me tocó en el auto de Orquidea, la chica que le hizo los souvenires y los centros de mesa, unas cositas hace...Orquidea no! Delia, Delia se llama no Orquidea...bueno en el auto de Delia, nos hicimos unos termos de mate y con lo de la pastelería empezamos a recorrer el pupo de Entre Ríos...yo quería ver animalitos, y me llevaron, vi los clásicos, vacas, perros, caballos, más o menos todo lo mismo que acá, pero allá...la cosa es que amaneció del todo y paramos a tomar mate en una plaza, con mesas, bancos, juegos, todo decorado con motivos infantiles y un monumento a Mickey...en el medio de la plaza un Mickey gigante hecho de metal, parado, con guantes, un saquito rojo de botones blancos, un sombrerito amarillo en una mano y la otra para arriba como diciendo Hola!...así estaba Mickey, sonriente y saludándonos a todos desde el pupo de Entre Ríos... yo no sé si esto lo sabrán en Disneylandia...

MIMOS DE PERRO SUBTERRÁNEO

*De **Sebastián Huber***

(*Camiseta blanca con finas rayas horizontales en negro, tiradores rojos; guantes blancos y cara pintada, chorreante. Ojos grandes, una lágrima. Las limosnas propinas. Secuencia mimosa. Él se debate entre el trabajo y la verborragia. A público*)

Mimo: Qué bonita canción que es "Pet sematary" de Los Ramones. Ideal para viajar en subte. (*Tiempo. Hace como que va agarrado en el subte, los movimientos y todo; construye. Hasta el ruido insoportable de las vías nos hace sentir con sus mimos. Intenta narrar, pero se sabe la del vidrio, la de la soga y nada más. Entonces habla y, cuando puede, mete gestos.*) Veo venir un perro; me saco los auriculares y escucho "*... claro, y a mí, que me culeen*". ¡Jua juá, cómo están estos Ramones! Dice "*... que me culeen*", otra vez. (*Pausa grave*) Yo apago la música. "*¡Que me culeen!*", ya en voz alta. ¡Ahhhh, es una chica down! (*Clown que cae en secuencia cómica con un telescopio imaginario*) Debe tener unos 25 años. O tiene 40, es igual. Y va con otros, parecidos a ella. Un grupo. Parada. ¿Se olvidan de darles la pastilla anti libido? Bajamos en la misma estación, los veo juntarse. Escruto. Así. Entonces me doy cuenta de que no llevan un "guía", un "normal", sino que el que coordina es uno de ellos, que es algo así como "el menos down". (*Mimo secuencia de algo mecánico*) Solos. ¡Claro!, les dan esa responsabilidad como forma de integración a la sociedad normal, y yo deduzco -mientras el subte se va y me pregunto si ir para Retiro o hacia el otro lado- que no hay un "hasta acá" y un "desde acá" bien marcados de monguez y límite, (*Se choca con gente*) sino que se trata de un continuo, y que del menos tonto de ellos al vigilante vestido de fosforescente con su perro lo que hay es poca cosa. ¿Y yo, dónde estoy? ¡Póngan monedas, carajo! Le arranco un pelo, hago un análisis de ADN instantáneo, por mi cuenta, ahí mismo, y obtengo que de diferencia hay una macana y un silbato. "¡*Guau*!", pienso, y el perro me mira. Y yo miro al perro. Y la chica sigue con su "*Que me culeen*", que en la repetición ya parece menos una queja que un deseo ardiente de perro. Voy y le pido permiso al vigilante para liberar al perro, para darle voz en todo esto, y ponerle el bozal a la chica antes de que alguien le haga caso y todo se vaya a la mierda, pero él me mira como con ganas de morderme y se lleva la mano a la macana. Ya me imagino una orgía en plenas vías, ¡guau!, pero justo en eso el guía semitonto señala dirección Constitución, yo me sumo y para ahí nos vamos todos. No pasó nada. Todo sigue igual de bien. Guau. Que le den masa de una vez. ¡Hey, les voy a enseñar a cantar una bonita canción! "*Yo no quiero que me entierren en este cementerio de animales*". ¡Cantemos todos, vamos, no sean tontos, hagamos oír nuestras voces!

Normas de presentación para **El Peldaño**

a) Los artículos de investigaciones científicas, los de reflexión sobre un problema o un tópico particular y los de revisión podrán tener una extensión máxima de 15 páginas, incluidas las notas, bibliografía aparte (tamaño A4, letra Times New Roman 12, espacio 1,5) y las reseñas o comentarios de libros, publicaciones o eventos científicos o artísticos hasta 3 páginas. Estas últimas se referirán a publicaciones recientes y de interés de la revista.

b) Se deberá entregar un original en papel y dos copias (tres ejemplares, en total), en procesador de textos Word, y una copia en soporte digital, en diskette o vía correo electrónico.

c) Cada artículo deberá estar encabezado por el Título y el nombre completo del autor. Se deberá incluir un *abstract* en castellano y en inglés que no supere las 200 palabras y 5 palabras clave, también en castellano y en inglés.

d) La carátula contendrá título, nombre del o los autores, un pequeño currículo a pie de página de cada uno de los autores (en la cual deben figurar los siguientes datos: título profesional, pertenencia institucional, cargo académico, dirección postal y dirección electrónica).

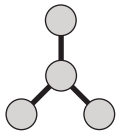
e) Todas las páginas deberán estar numeradas, incluyendo la bibliografía, gráficos y cuadros. Las notas y referencias críticas deberán ir a pie de página y respetar las normas internacionales para la publicación de artículos científicos.

f) La Bibliografía deberá figurar al final de cada artículo y se ajustará a las siguientes condiciones:

Libro: Apellido y nombre del autor en minúsculas, año de edición entre paréntesis, título del libro en bastardilla, lugar de edición, editorial.

Artículo de revista: apellido y nombre del autor en minúsculas, año de edición entre paréntesis, título del artículo entre comillas, título de la revista en bastardilla, volumen, número de la revista, fecha de publicación, páginas que comprende el artículo dentro de la revista.
En caso de que se incluyan cuadros, gráficos y/o imágenes, deberá figurar en el texto un título y numeración: "Gráfico nº 1: xxxx", un espacio en blanco en el que iría el cuadro, gráfico y/o imagen, y la fuente: "Fuente: xxxx" (si han sido hechos por el autor deberán decir "Fuente: elaboración propia"). Los cuadros, gráficos y/o imágenes deberán ser enviados, además, como archivos independientes del texto, en cualquier formato que los soporte.
Ejemplo:

Gráfico 1: XXXX



Fuente: Xxx, Xxx (año) *Título*. Ciudad: Editorial. Página, X.
O bien
Fuente: Elaboración propia

g) Se aconseja que se respete una lógica de jerarquía de los títulos de la siguiente manera:
Títulos: Times New Roman, cuerpo 14, negrita
Subtítulo 1: Times New Roman, cuerpo 12, negrita
Subtítulo 2: Times New Roman, cuerpo 12, itálica
Cuerpo de texto: Times New Roman, cuerpo 12, normal
Notas: Times New Roman, cuerpo 10, normal
Bibliografía: Times New Roman, cuerpo 12

3. Todos los artículos deberán ser enviados con una nota de autorización de publicación por *El Peldaño. Cuaderno de Teatrología*, de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, firmada por todos sus autores.

Mecanismos de selección de artículos:

La recepción de los trabajos no implica compromiso de publicación. El Comité Editorial procederá a la selección de trabajos que cumplan con los criterios formales y de contenido de esta publicación.
Los artículos seleccionados serán evaluados por dos miembros del Comité Académico Internacional o por especialistas pertenecientes al área temática de la colaboración, los que actuarán como árbitros.
Se comunicará a los autores la aceptación o no de los trabajos. Si se sugirieran modificaciones, éstas serán comunicadas al autor, quien deberá contestar dentro de los cinco días si las acepta, en cuyo caso deberá enviar la versión definitiva en el plazo que se acuerde entre el autor y el Comité Editorial.
Cada autor recibirá dos ejemplares del número de la revista en que aparezca publicado su artículo.